

La Iglesia no admite que pueda equivocarse, nunca vuelve de una opinión absurda. Anatematiza á quien demuestra su error. Antes que estrechar la mano de la Justicia, abrazará la Fatalidad. He aquí por qué no merecerá ninguna gracia, apurando hasta las heces el cáliz de sus ignorancias y sus contubernios.

CAPÍTULO II

Controversia.—Principio de la trascendencia: El trabajo es un anatema divino, y por consiguiente, la servidumbre una institución religiosa.—Teoría espiritualista.

IX

Nadie ignora que los pueblos salvajes aborrecen profundamente el trabajo. Esto basta, hasta cierto extremo, para explicar por qué lo han condenado todas las mitologías, que son las formas de la razón en los bárbaros. Empero ni los instintos del hombre animal ni la historia de los cultos podrán justificar nunca por qué una teología sabia, civilizada, ha suscrito este anatema, erigiéndolo en principio secreto de la esclavitud de las clases trabajadoras.

Así, pues, el principio de esta animadversión sistemática, principio que es uno de los caracteres de la edad religiosa, y del que la indolencia del salvaje no es más que una grosera expresión, radica en el espiritualismo, de donde ha pasado á la religión.

Toda especulación del espíritu en la esfera de la trascendencia implica forzosamente una iniquidad.

¿Por qué la esclavitud es propia de nuestra especie, constituyendo una de las notas que nos distinguen mejor del resto de los animales? «Los lobos no se devoran», dice el proverbio. ¿Por qué se afirma que los hombres se destrozan? Nunca se ha visto que un león fuere á otro león á que cace para él. ¿Por qué el hombre hace del hombre una bestia de carga, un esclavo? Evidente-

mente, la esclavitud no tiene su principio en la Naturaleza, conforme aseveran los Padres. ¿De dónde deriva?

Inquirid de buena fe y advertiréis que esta anomalía, esta monstruosa prerrogativa que el hombre se arroga sobre su prójimo y que caracteriza nuestra especie, procede de que, entre los animales, únicamente el hombre es capaz, por su pensamiento, de discernir su yo de su no yo, distinguir en él la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma; de formarse, por esta abstracción fundamental, dos vidas: una superior ó anímica y otra inferior ó material; de aquí la división de la sociedad en dos categorías: la de los espirituales, creada para mandar, y la de los carnales, dedicados al trabajo y la obediencia.

El hombre—aseveran los espiritualistas—es un compuesto de dos substancias. Por su alma pertenece á Dios, su creador, su soberano, su juez, su fin; por su cuerpo á la tierra, morada é instrumento de sus pruebas. Así, San Pablo distingue el Adán terrestre, *Adam terrenus*, y el Adán celestial, *Adam cælestis*, y además, el hombre espiritual y el hombre carnal, *animalis homo, spiritualis homo*. En virtud de esta distinción del Apóstol, los cristianos que ya desde el siglo I sutilizaban acerca de la religión, propendieron á formar dos agrupaciones, para no decir dos castas, en la Iglesia: la de los *psíquicos*, congruente al *animalis homo* y constituida por la multitud, y la de los *pneumáticos*, correspondiente al *spiritualis homo*, denominados también *gnósticos*.

Cuanto desvía de Dios al hombre, inclinándole hacia la tierra, es para él enfermedad, miseria. De aquí el estigma lanzado desde sus orígenes sobre el trabajo y que todos los cultos hanse esforzado por agravar. La especulación espiritualista, por consiguiente, es la responsable del anatema que condena el trabajo. En nuestra opinión, tal filosofía nunca sirvió para otra cosa.

X

Juan Reynaud, uno de los más insignes espiritualistas y teólogos de nuestra época, autor de un muy concienzudo testimonio á favor del dogma del pecado original, ha escrito también, con la intención más sana del mundo, la teodicea de la servidumbre. Si desapareciese entre los hombres tan piadosa institución, daríamos de nuevo con ella en la obra póstuma del sabio druida *Tierra y cielo*.

Dice Reynaud:

«*El trabajo es la consecuencia de la FALTA DE ARMONÍA suscitada por PERMISION DIVINA entre la organización del hombre y la organización de la tierra; para que tal falta cesara, precisaría que una de ambas organizaciones cambiase... En virtud de los progresos de la asociación y de la industria—añade el sabio teólogo—el trabajo podrá ser menos abrumador, menos enojoso; empero, al fin y al cabo, siempre será un castigo sin término.*»

Huelga encarecer la gravedad de esta declaración.

Otros habían laborado para recoger sobre la faz del planeta las pruebas de una Providencia plena de atenciones para nosotros; Reynaud apercibe por doquier los trazos de un plan general, desarrollado con premeditación para vejar, castigar nuestra mísera humanidad. ¡Cuánto os debe, hombre ilustre, la Iglesia, por tan importante descubrimiento! Sabíamos por las Escrituras que el diablo había pasado por el mundo; á vos hallábase reservado mostrarnos la huella de su siniestro pie.

Reynaud, incapaz á lo que parece de comprender la ley fundamental del universo, viendo en alas de su genio en todas partes el misterio, confunde las antinomias de la Naturaleza con otras tantas obras de Sata-

nás, *contrariedades*, motivadas por nuestra primera culpa. Imposible, según él, imputar á la Providencia semejante negligencia ó maldad.

»*Contrariedades engendradas por las leyes de la gravitación, que nos fuerza, para vencerla, á inventar todo género de máquinas, y nos expone, cayendo, á quebrarnos el cuello;*

»*Contrariedades causadas por la amplitud de la tierra, que nos obliga á emplear sistemas de locomoción extraordinaria, por tierra, por agua, por hierro, por aire;*

»*Contrariedades motivadas por la interposición de los mares y las montañas, que impulsan á los hombres á organizarse en agrupaciones políticas, rivales entre sí y frecuentemente enconadas enemigas que se persiguen hasta aniquilarse;*

»*Contrariedades suscitadas por las leyes del calor solar, cuya elevación ó descenso nos traslada de la abundancia á la penuria, de la salud á la enfermedad;*

»*Contrariedades debidas á la presencia de animales nocivos y de plantas inútiles, que implica de nuestra parte una caza y una poda continuas;*

»*Contrariedades derivadas de las morbosidades de nuestra Naturaleza...»*

Expliquemos esta elegía. Antójase absurdo á Reynaud que el fuego que nos calienta abraza si nos acercamos demasiado á él; que la luz nos ilumine siempre en línea recta, cuando nos sería útil recibirla á capricho en línea curva; que la gravitación que nos atrae hacia el suelo no suspenda su efecto al simple mandato del obrero que se desploma desde un andamio; que la tierra, extendiéndose ante nosotros, nos invite á recorrerla y que andando con exceso fatiguemos nuestros músculos, lo que motiva la transpiración y el sudor de la frente. Lamenta que nos rodeen imperfecciones de toda especie: que no haya colina sin valle, lo que nos ahorraría el esfuerzo de subir después de haber bajado, carne sin hueso, vendimia sin orujo, harina sin salvado, producción sin gasto, energía sin órgano, bastón con un sólo extremo, altura sin profundidad; en una pala-

bra, se queja de que la Naturaleza sea la Naturaleza, y el espíritu sea el espíritu, y de que no dependa de nuestra voluntad reducirlos al absurdo.

Harto infeliz es el sabio Reynaud. Aspira nada menos que á lo absoluto; desearía ser Dios, realizar la loca promesa de la serpiente, *Eritis sicut Dii*: impídelo su cuerpo, este *andrajo* humano. ¡Qué desventura verse forzado, como los animales más inmundos, á comer y beber, á realizar cotidianamente los mismos actos: ¡qué mortificación para un filósofo invertir siempre de idéntica forma el tiempo!

A tamaños absurdos guía la distinción sacramental del *alma* y del *cuerpo*; he aquí el objeto de los votos y la causa de las querellas de esa espiritualidad estúpida, cuya última frase es la supresión del universo, y entretanto, el odio al trabajo, la condenación del obrero, el endiosamiento del aristócrata.

¡*Estupenda verbosidad la de Reynaud deduciendo, imperturbable, las consecuencias de su maravilloso principio!*

«*Importa, para apreciar el valor del hombre, atender mejor á los resultados generales que á su actividad manual. ¿No es ésta digna de lástima por la monotonia y puerilidad de sus operaciones, la mediocridad de sus afectos, el disgusto y la laxitud que casi siempre la acompañan? Fuerza es pensar harto mezquinamente de la virtud creadora del hombre... cuando se le sigue en su faena, viéndole arar, cavar, portar cargas, dirigir las máquinas, jadeante, difícil, ansiando la hora del descanso, regando la tierra con sus sudores, durante un día entero para producir en definitiva una obra raquítica, de la que no apercibimos rastro apenas nos alejamos algunos pasos... Labora tan insignificadamente como la hormiga... ¡Qué mísero es su cuerpo, considerado como instrumento creador!...»*

Juan Reynaud aprecia la magnitud del hombre, como productor por el número de metros cuadrados que puede labrar en un día. ¿Cómo juzgar este raciocinio de un filósofo espiritualista, de un angelómano? Nosotros que, no descubriendo en el alma y el cuerpo más que

una división general de los fenómenos, no gozamos la ventura derivada de la posesión de las facultades de la trascendencia; nosotros reputamos de muy otra suerte la acción industrial.

El hombre es una energía inteligente que, aun siendo limitadísima, puede producir, según es dirigida y combinada con otras fuerzas, los más amplios é incalculables efectos. Equivócase quien aprecia filosóficamente la acción humana por su grandeza objetiva, geométrica, material, en una palabra, según la *cantidad* del productor, ya que la magnitud de los resultados es sólo un negocio de multiplicación; importa verificarlo conforme la *calidad* de dicho producto. Citemos un ejemplo. El primer agricultor, Triptolemio, Osiris, Caín, adquiere una gavilla de trigo: he aquí el inicio de la civilización, del reinado del espíritu sobre la Naturaleza! ¿Qué energías han precisado para producir esa gavilla, que la Naturaleza no suministra por sí sola? Menos que exigen la esgrima, el baile, la equitación, todos los *sports*. No cabe dudar que si, en vez de una gavilla, el mismo individuo quisiera recolectar diez mil, la empresa excedería á sus fuerzas, siéndole dura y fatigosa. Empero ello no es más que un problema de asociación é industria, cuya solución, sin gravar el servicio, puede, al contrario, duplicar, para quienes lo desempeñen, el placer y la utilidad. Ya que osáis decir, sin saber de qué ni por qué, habláis: *Enseñadnos un grano de arena y os mostraremos á Dios*, permitidnos que, abundando en la misma forma de raciocinar, os arguyamos: «Enseñadnos un grano de trigo y os mostraremos la grandeza del hombre.»

El hombre, dotado de un alma—observan—puede inventar el trigo, el arado, el molino, el pan fermentado: manifestaciones de su inteligencia, testimonios de su naturaleza ética é inmortal. ¿Se resignará á repetir durante su vida entera, no los mismos inventos, lo que se inventa no se inventa más que una vez, sino las mismas faenas? En opinión de Reynaud, tal implicaría una prisión, una esclavitud intolerable:

«Ningún oficio—escribe—sería grato...»

¿Qué hacer entonces? Reynaud no retrocede un solo paso.

«*Conviene—prosigue—que, en nuestras sociedades, nunca falte algún trabajo corporal que llevar á cabo, ÚNICAMENTE LAS ALMAS SUPERIORES PUEDEN, SIN RIESGO, ABSTENERSE DE TAN GROSERAS LABORES, porque viven harto intensamente la vida del espíritu para dejarse arrastrar por las torpezas y aberraciones, derivadas de tales faenas... No menos quebrantarse el orden, si el trabajo decreta sin que se elevasen las almas, ó si éstas lograsen mayor excelstitud sin que aquél disminuyera...*»

Quien piensa mal del trabajo no puede ser bien dispuesto en orden al trabajador. Aun titulándose amigo entrañable de la Revolución, Juan Reynaud pertenece á la escuela jerárquica y feudal; no cree en la igualdad; milita entre las huestes de la Iglesia, á la que ofrenda, después de la caída de la República, el concurso de la filosofía druidica, mágica y pitagórica. ¿Qué nos dice acerca de este extremo? «Es preciso que el vulgo trabaje y gobiernen los predestinados.»

¡*He aquí descubierto el horroroso secreto!*

Y ¡todavía se dice revolucionario, republicano, demócrata, socialista! ¡Niega el pecado original! No, no; ¡ah! sabe demasiado de las cosas divinas para comprender los humanos negocios; siente harto excesivamente la religión para conservar el sentido moral; es muy convencido de la perversidad de este mundo para creer en su Justicia. En efecto, el trabajo, para Juan Reynaud, es el mismísimo Satanás. Cree en el diablo; su metafísica, prehistórica, como las piedras, la arrastra. Estudiémosla más internamente: ella engendra la inercia del salvaje; glorificando el *far niente*, ha inspirado el mito bíblico del trabajo presidiendo la institución de los esclavos.

XI

Toda la religión, en virtud del espiritualismo que la informa—denomínese cristianismo, budismo, druidismo ó como plazca—, es antipráctica: impulsa el hombre á la contemplación, á la inacción, al quietismo.

En el inicio—leemos en el *Génesis*—, cuando el pecado no había viciado aún la naturaleza del hombre, Dios sitúa á éste en el jardín del placer, para que lo disfrutara y cuidase, *ut operaretur et custodiret illum*. Monseñor Sibour, arzobispo de París, adulando la tendencia industrial de la época, ha dicho, comentando el texto bíblico, que Dios había erigido al hombre *en patroneo de la creación*. La frase es pintoresca y ha merecido al prelado sendas felicitaciones. La Biblia es un arsenal copiosísimo donde se halla cuanto se desea. Empero no intentéis profundizar sus asertos, porque la palabra de gracia se transformará en verbo de anatema, la paloma en serpiente.

No olvidemos que tamaña ventura era ANTES DE LA CAÍDA. En aquella época feliz en que el hombre vivía identificado en absoluto con su Creador, é indudablemente en reposo consigo mismo, el trabajo no ofrecía para él ninguna nota repulsiva ni penosa. No existían las *contrariedades* signadas por Reynaud. La Naturaleza, que para producir el hombre graduó á todos los otros seres, había suprimido las especies nocivas é inútiles, hasta después no ha completado su serie. Ormuzd, principio del bien, según las ideas de los antiguos persas, engendró desde luego todas las cosas bellas y buenas. Ahrimán, antítesis de Ormuzd, abortó á su vez los deformes y malos. La Biblia ha modificado levemente este mito. Según su relato, ya en los comienzos fueron creados todos los animales, buenos y hermosos, y sumisos al hombre. Solamente á consecuencia del pe-

cado de Adán se rebelaron, tornándose en su mayoría horribles y feroces; la tierra se resistió á fructificar, germinando las malas hierbas, y el trabajo degeneró en castigo, etc.

Sea ello lo que fuere, la era dichosa es breve. El hombre contágiase morbosamente á sí mismo por un acto que el *Génesis* nos revela sólo bajo el velo de la alegoría, empero cuya gravedad nos describe con soberana elocuencia Reynaud, diciendo cómo el trabajo, de goce que Dios lo había formado, se transformó en instrumento de represión.

«*La tierra será maldita para ti; la trabajarás á diario si quieres comer de ella. Te producirá abrojos y cardos; comerás la hierba de los campos; amasarás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que tornes á la tierra, de donde has salido; eres polvo y en polvo te convertirás.*» (*Gén.*, III.)

He aquí el decreto que, posteriormente al período de inocencia, ha regulado la condición del trabajador, constituyendo el fundamento de la economía social durante el lapso de la edad religiosa. Este anatema, cuyo alcance nos explica el sagrado libro de los hebreos, ha resonado en toda la tierra. Virgilio, en el libro VI de la *Eneida*, coloca el Trabajo á la puerta de los infiernos, en compañía de horribles monstruos, el Luto, la Venganza, las siniestras Enfermedades, la lúbrica Vejez, el Terror, el Hambre, mala consejera, la abominable Miseria, la Guerra, la Muerte y los Goces criminales.

El cristianismo entenebrece más de día en día tales negruras. En opinión de M. Blanc Saint-Bonnet, uno de los místicos más eximios de nuestro tiempo, el trabajo es la sistematización del dolor, sin la que—asevera—no hay genio, heroísmo, ni santificación.

«*El Dolor ha menester ser regulado y ponderado en una ley: ésta es el TRABAJO.*»

»*El Dolor es un sustituto del Trabajo...*

»*Trabajo, Dolor, Muerte, trilogía providencial.*

»*El Hambre (que fuerza el hombre al trabajo), admirable invención para un ser. Sintetiza plenamente la teoría de lo absoluto...*» (*De la douleur.*)

Del fenómeno elemental, empero no comprendido, que el dolor es la secuela antinómica del goce, ni más ni menos que el exceso en éste, como la quemadura es un exceso en la calefacción y la fatiga un exceso en la acción, Saint-Bonnet deduce una formidable mística, que podrá interesar á un espiritualista, á un cristiano, mas en la que no puede el sentido común apercibir otra cosa que el embrutecimiento de la razón por el pensamiento religioso. Es el mismo sistema de Juan Reynaud en las *contrariedades* de que inculpa á la Naturaleza; el filósofo y el cristiano, partiendo del mismo principio, abocan á idéntica conclusión.

XII

¿Es, por consiguiente, tan difícil interpretar esta doble alegoría?

a) *El trabajo antes del pecado.*

El hombre, por su actividad propia y sus relaciones con el mundo, es obrero; su trabajo es espontáneo y libre, sujeto á una ley de justicia y moral, cuya práctica garantiza su dicha, cuya transgresión le precipita en la miseria. Es el aspecto subjetivo afirmado por la Revolución y que el sagrado cronista nos presenta como una época anterior, era de inocencia, espontaneidad, libertad y riqueza.

b) *El trabajo después del pecado.*

Ahora bien; la naturaleza sanciona con su pasividad esta ley del trabajo, que nada aflictivo puede implicar, ya que deriva de nuestra constitución. El hombre debe laborar, trabajar, en primer término porque es hombre. Mas á fin de que su acción no sea estéril, vivirá sólo de lo que produzca, en colaboración con ese instrumento inagotable, que es la Tierra. He aquí el punto de vista objetivo, único que descubre la antigua escuela econó-

mica. De esta suerte se fusionarían en el trabajo, según el soberano criterio del mito, la libertad y la fatalidad, debiendo aquélla dominar á ésta por la evolución de las facultades humanas.

El espiritualismo, por conducto de Juan Reynaud, acaba de enseñarnos cómo, en lugar de esta subordinación de la fatalidad, hemos esclavizado la misma libertad: en otros términos, cómo el aspecto objetivo ha impresionado especialmente las imaginaciones y dominado las conciencias, acabando por gobernar, como señor absoluto, la economía humanitaria.

Las *almas superiores*—escribe el gran mitólogo—son impulsadas naturalmente á la contemplación. Repugnan el trabajo, cuya monotonía ofende su delicadeza; propenden á cargar con él las espaldas de los *seres inferiores*, para quienes la vida mental ofrece menos encantos y cuya moralidad exige una labor corporal continua.

¿Qué significa esto?

Entre todos los contemplativos, los más perfectos son aquellos de inteligencia más huera, los que piensan menos. Los orientales y los salvajes distraen los días, las semanas, sentados sobre las piernas, fumando su pipa, sin proferir una sola palabra. En ellos, la inercia del alma y del cuerpo son en razón recíproca: ¿cabe considerarles como *almas superiores*?

En realidad de verdad, el hombre, por la espontaneidad de su yo, propende á dividirse, como Descartes, en cuerpo y alma; abstraerse, según le es posible, del primero y de sus exigencias; concentrarse en su pensamiento; crearlo todo por el espíritu, como el yo de Fichte; en una palabra, vivir la vida de la Divinidad. Cuanto más se desliza por esta pendiente, tanto más parecele que se engrandece su alma, su dignidad, y que impera sobre el mundo y sobre sus semejantes. En este orden, el salvaje no sabe menos que el teólogo y el asceta, pudiendo ufanarse de rehacer incesantemente por su delirio el dogma y la metafísica. En semejante estado, el trabajo, reducido á la simple objetividad, es, en virtud del capricho idealista, un enigma de la Providen-

cia, una utopía satánica, traducida fielmente á la práctica por la esclavitud, servidumbre ó asalariado.

Si ese Dios que en días remotos se dignó hablar á Moisés, que ya antes habíase aparecido á Abraham y que luego de salvarle del diluvio enseñó á Noé, hubiera amado con verdadera piedad á nuestra especie, le habría prestado un servicio señaladísimo aleccionándola rectamente en el mito del trabajo. Ello hubiese edificado á la humanidad algo más que la circuncisión del prepucio y la abstinencia de la carne de puerco. «Atiende la parábola—hubiera dicho á Noé—: no te pierdas en abstracciones quintaesenciadas, y reputa la era de la felicidad y la edad del trabajo como de períodos consecutivos de la historia. No se trata aquí más que de una correlación. La dicha y el trabajo son gemelos; no haya entre vosotros esclavos; cada cual tenga su parte de trabajo, de propiedad, de gloria; sed todos discípulos, compañeros y maestros unos de otros; en estas condiciones, el trabajo será leve, y el placer alejará de entre vosotros el dolor.»

En lugar de esta simplicísima admonición, el súbito Jehová interpreta su parábola al pie de la letra. Sanciona la maldición lanzada por Noé contra su hijo Cam; entre las riquezas de que colma á Abraham, no olvida los esclavos, machos y hembras; sobre el Sinaí, cuida preferentemente de consagrar y reglamentar la servidumbre. ¡Fiad en las revelaciones y encargad á los dioses la dirección de vuestras conciencias!

XIII

¿Qué es el esclavo?

De Bonald, partiendo, como Reynaud, del dualismo cartesiano, define el hombre: *Una inteligencia servida por órganos.*

Importa advertir que la noción del esclavo, según su etimología, se ajusta exactamente á esta definición: *Ser-o-us, serv-are, serv-ire, inser-ere, ser-a*; griego *θεραπεύων, θύρα, θύρα, etc.* *Servus* es, por tanto, el fámulo; vigilante, portero, auxiliar, obrero, encargado de *limpiar*, cuidar, *conservar* todas las cosas en la casa, en el jardín, en la mesa, de labrar los campos, atender los rebaños, el harén. Es quien, no pensando por sí mismo, sirve de instrumento, de órgano suplementario, y si cabe la frase, de segundo cuerpo á otro hombre, que se reserva el mando á título de amo ó de alma pensante y superior.

Algunos, á ejemplo de San Agustín, derivan *servus* de *servatus*, por una contracción. Alegan que los prisioneros de guerra eran *reservados* para el trabajo. Esto es cierto; empero sería más lógico deducir *servatus* de *servus*: *servus*, esclavo; *servatus*, esclavizado. ¿Quién no comprende, en efecto, que la idea de *servicio* es primordial, y posterior la de aplicar á éste el prisionero de guerra? Ahora bien; estas dos voces no tienen entre sí el nexa histórico que se las asigna, siquiera surjan de una misma raíz. El proceso lógico es el que hemos indicado: *ser-o*, servir, guardar; *serv-us*, el fámulo; *serv-ire*, verbo neutro, ser *sierv-*, es decir, dedicarse al servicio; *serv-are*, verbo activo, hacer *siervo*, es decir, destinar al servicio, á la limpieza, á guardar, etc. Entre estos dos verbos existe la misma relación é idéntica disparidad que entre *jac-er*, neutro, estoy *jac*, es decir, extendido, acostado, echado; y *jac-er*, activo, estoy *jac*, es decir, yo lanzo, yo echo.

Tantas ALMAS, tantos *esclavos*—dice el *Pentateuco*—hablando del pueblo á ras del éxodo de Egipto. Imposible expresar más elocuentemente el pensamiento espiritualista que informa la esclavitud.

«¿Por qué—pregunta San Agustín—*Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la mente á la pasión y á las otras partes inferiores del alma? Esto nos evidencia rotundamente que, así como es útil á ciertos hombres servir á otros, también todos los hombres hallan lucro en servir á Dios.* (La Ciudad de Dios, lib. XIX, cap. 21.)

Dios—hubiera podido decir San Agustín, como De Bonald—es la Inteligencia soberana cuyos órganos son el universo y la humanidad; plagio de esta subordinación entre él y sus criaturas es la dependencia de una parte del género humano, predestinada al trabajo, en orden á la otra parte, nacida para mandar.

Santo Tomás, Bossuet, la Iglesia entera, abundan en este sentir.

El ministro Jurieu atreviése á escribir:

«No existe en el mundo relación que no se fundamente sobre un pacto mutuo, expreso ó tácito, exceptuando la esclavitud según se practicaba entre los paganos, y que confería á un amo dominio de vida y muerte sobre su esclavo, sin ningún conocimiento de causa. Este derecho era falso, tiránico, absurdo, contrario á todos los derechos de la Naturaleza.»

Replicale Bossuet en su *Advertencia V*:

«Aun siendo en general muy especioso este raciocinio, profundizándole, descubrimos en él tantos errores como palabras. Si el ministro hubiera reflexionado, habría advertido que la servidumbre trae su origen de las leyes de una guerra justa, donde el vencedor, dueño de todo derecho sobre el vencido, incluso el de quitarle la vida, consérvasela, lo que nadie ignora ha dado motivo al vocablo SERVIR, etc.»

La argumentación de Bossuet no es lo que debería ser, á causa del mezquino sentido que adjudica á la palabra *servus*, que, imitando á San Agustín, presenta como sinónima de *servatus*, y que significa literalmente hombre de servicio, hombre de labor, etc. La servidumbre consiste en *trabajar gratuitamente para otro*: he aquí la causa de que el salario sea siempre inferior al producto. En la antigüedad, el amo imponía el trabajo; en nuestro tiempo es feudo de la miseria: no existe otra diferencia. Bossuet debía haber dicho á Jurieu: «Vuestra teoría propende á suprimir la distinción de clases y fortunas, anular todos los poderes, implantar la igualdad y la anarquía, inutilizar la religión: todas esas cosas que, como la Iglesia, rechazáis enérgicamente.»

Aristóteles comprendía mejor que Bossuet la servidumbre, escribiendo:

«Quien es inferior á sus semejantes tanto como el cuerpo lo es en orden al alma, y el bruto respecto del hombre—tal es el carácter de aquellos cuya eplotación de las energías corporales es lo más que pueden dar de sí—, puede reputarse esclavo por naturaleza.»

He aquí la doctrina cristiana en su plena pureza, el *pneumatismo* de San Pablo, de los gnósticos, de Juan Reynaud, adicionado con su abominable práctica por el supuesto derecho de la guerra que asimila el prisionero al esclavo.

XIV

Quien quiere el fin, quiere los medios.

La caza del esclavo es aún en boga en extensas regiones de Africa, América y Oceanía.

¿Implica ella una transgresión de la justicia? No—dice el espiritualista—; es cumplir los planes de la Providencia, entre cuyos designios figura que los negros, amarillos, rojos y todas las razas inferiores, incapaces de consagrarse á la meditación, trabajen para la raza blanca.

Esta aduénase del salvaje, como de las restantes bestias, por la fuerza, la astucia, los lazos que tiende á su instinto; dómale mediante un sistema de buenos y malos tratos, por la desuetud de la libertad, por el trabajo continuo, por el atractivo de una mujer, por la prohibición de todo ejercicio liberal y de toda labor mental. Hasta se ha empleado con éxito la castración sobre el hombre, ni más ni menos que en los caballos y los bueyes. Quizá las urgencias de la domesticación hayan inspirado mejor que los celos maritales esta barbarie de las castas privilegiadas.

Consecuencia de la esclavitud fué excluir al esclavo

del derecho común, y por ende de la religión. Admitirle á la comunión de los penates y de los sacrificios, elevarle á la vida contemplativa, reconocerle un alma, administrándole Justicia, habría valido tanto como emanciparle; era clasificar en la misma categoría las almas superiores y las inferiores, los espirituales y los carnales, retroceder á la confusión general de las almas y los cuerpos: ¡imposible! El espiritualismo nunca retrocede.

«He preguntado qué instrucción moral y religiosa reciben los negros de la colonia, comunicándoseme que ninguna. Bautízaseles, se les casa, si así lo piden. A su muerte, búscase algunas veces al cura para que les confiese; empero vive muy lejos, y prefieren no molestarle... Ni catecismo ni predicación para los negros; ningún medio de inculcar en su inteligencia las nociones del bien y del mal; exclúyeseles de toda idea moral.» (J. J. Ampère, *Promenade en Amérique, Rev. des Deux Mondes*, 15 de Julio de 1853.)

Así obraba el paganismo, así obra el cristianismo; todas las teogonías se asemejan. Una ley de la Revolución estatuye que todo esclavo, sólo por el hecho de poner el pie en territorio de la república, es libre. Muy al contrario, en la Iglesia, el cura bautiza el esclavo, desposa el esclavo, administra la extremaunción al esclavo; y ni el bautismo, ni el matrimonio, ni la extremaunción libertan el esclavo. El sacramento no tiene ningún nexo con la libertad. Es un estigma que el sacerdote imprime sobre el cuerpo del cristiano, análogo á aquel con que los ganaderos marcan sus reses; signo de la propiedad eclesiástica, de ningún modo de la igualdad y la libertad de las personas.

No obstante, presto se evidenció que la práctica de excluir de la moral al esclavo era tan absurda como implicaba graves riesgos. Siempre late el hombre en el esclavo. Negarle toda dignidad, toda moralidad, vale tanto como convertirle en la más abominable de las bestias; y rebelándose su conciencia, despojarle de todo derecho es impulsarle á la venganza. En interés de la explotación servil y para garantía de los amos, fué me-

nester inquirir el medio de explotar el culto para robustecer la servidumbre: á ello préstase la religión con maravillosas complacencia y facilidad. Algo de piedad, de educación, de moral, dispuesto de suerte que el esclavo sea más humilde, más dulce, más trabajador, menos exigente; ¡qué problema! No es de ayer la conspiración de los jesuitas. Hubo, pues, dioses y sacrificios para los esclavos, saturnales para rememorar la igualdad de la edad de oro; hubo, además, lo que excede todo cinismo, un derecho del esclavo; ¡como si el patronato y el señorío fueran otra cosa que una concesión de momento á la imbecilidad general: como si el derecho del esclavo no le autorizase, en último término, á matar á su propietario y manumitirse!
